

## **Kircherismo. La política entre el orden y las grietas.\***

**Agustina Barukel<sup>1</sup>**

*“La política es siempre, en efecto, la actividad o el conjunto de actividades desarrolladas en ese espacio de tensión que se abre entre las grietas de cualquier orden precisamente porque ningún orden agota en sí mismo todos sus sentidos”.*

Eduardo Rinesi.

### **Resumen**

En este artículo desarrollaremos algunas interpretaciones del populismo a través de tres lecturas que destacan la tensión constitutiva de su naturaleza, producto de los elementos ambivalentes que lo componen, y que hacen hincapié en la dimensión de las identidades políticas para su abordaje: la de Daniel James, la de Eduardo Rinesi y Gabriel Vommaro, y por último, la de Nicolás Casullo.

El populismo es una categoría maldita del pensamiento social latinoamericano, eternamente presa de su postergado desentrañamiento. Ha vuelto al debate sociopolítico por tercera vez al menos, luego de protagonizar las diatribas intelectuales-militantes de los 60-70 y de las revisiones pos-derrota de los proyectos emancipatorios de aquellos años, en los 80. Aquí la retomamos como concepto pasible de explicar la época actual. Para ello, la pondremos a la luz de las características del actual proyecto político kirchnerista, su contenido herético, sus contradictorios principios de legitimación, su esquiva identidad política, como aquello que define este momento posneoliberal en Argentina.

Esperamos con ello abonar a una lectura que pondere los alcances y límites del actual proyecto político en la construcción de un sujeto colectivo que augure un futuro de emancipación para Argentina.

---

\* El siguiente artículo es parte de las reflexiones finales del Seminario ¿Época de cambio o cambio de época? Aproximaciones y debates sobre el pensamiento político y latinoamericano de la última década (2000-2012), a cargo de Patricia Funes y Soledad Catoggio. Facultad de Ciencias Sociales UBA, 2013. Agradezco a las docentes, a los compañeros de cursada y especialmente a Esteban, que corrigió el escrito y sugirió reflexiones aquí plasmadas.

<sup>1</sup> Licenciada en Ciencia Política, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, UNR. Doctoranda Ciencias Sociales, UBA. Becaria CONICET, Grupo Política&Gestión.

## Kircherismo. La política entre el orden y las grietas

*“La política es siempre, en efecto, la actividad o el conjunto de actividades desarrolladas en ese espacio de tensión que se abre entre las grietas de cualquier orden precisamente porque ningún orden agota en sí mismo todos sus sentidos”.*

Eduardo Rinesi.

Captar el sentido político de la última década argentina ha sido sin dudas una tarea convocante del último tiempo. Superados los diez años de gobierno kirchnerista, la literatura de los balances está por doquier: entre el orden, las grietas, los diagnósticos, las evaluaciones y, por supuesto, los pronósticos. A esa misma tarea nos sumamos; pues lo que sigue será un intento por responder(nos) de qué se trata el proyecto político que encarna el kirchnerismo, pero con una aclaración de antemano: no lo vamos a hacer. La tarea imposible pendula entre el pos, lo neo, lo nac&pop, el nuevo desarrollismo, la reprimarización y los commodities. La imposibilidad radica en que ningún *Orden* puede presentarse como la expresión última de lo que pretende construir; las *grietas* en tanto, no tienen que ver con sus defectos o limitaciones, sino que le son constitutivas, elementos sin los cuáles, digamos, el orden no sería tal. En esas condiciones, poner una etiqueta se vuelve un ejercicio inútil. Las diferencias en los análisis sobre el proyecto que, a todas luces, marca las condiciones de los debates políticos actuales en la Argentina –aunque no es el único, claro-, se sientan sobre las diversas interpretaciones que los órdenes y las grietas posibles habilitan. Por eso, sólo si asumimos esa imposibilidad desde el comienzo, es más fácil entender por qué Argentina, por qué América Latina, y por qué ahora, pero en realidad por qué desde siempre, ha devenido en un terreno fértil para los prefijos, para las revisitas, para el descubrimiento de elementos que nunca se fueron, que siempre estuvieron ahí. Como si el pasado resurgiera, y se reinventara en otra cosa.

Sucede que nos toca ser contemporáneos a una época de cambios, y eso nos impide saber con algún grado de certeza de qué viene esta última década. Es que nos proponemos abordar un ciclo en curso, con desenlace desconocido. Eso sin embargo, no nos ha hecho desistir, ni en este ni en intentos anteriores: pues hay una tarea de interpretación de nuestro presente que no podemos abandonar si el propósito es intervenir en ella.

Así es que, una vez más, intentaremos ensayar algunas reflexiones en torno al kirchnerismo a partir de esa interpretación de la política, y de cómo se expresa en los principios de legitimación vigentes. Nuestro análisis ronda las fauces del populismo, concepto herético si lo hay, y su retorno como vocablo pasible de explicar una época, un fenómeno, un movimiento, una estrategia política, un gobierno. Cuál es el principio de legitimación política a partir del cual la categoría populismo, en el marco de los debates sobre las formas posibles del posneoliberalismo, puede ser explicativa de una nueva combinación entre elementos transversales: la representación política, la participación popular, el lugar del Estado, la significación de lo público, los sujetos políticos y la conflictividad social, la naturaleza actual de la reproducción del capital. Esa es nuestra elección por considerar que la dimensión de la legitimidad política es la que alberga los contenidos más ambivalentes, los que permiten

convivencias que, contra la ambición explicativa, queman los papeles de las teorías sociales. A fin de cuentas, se trata de un problema de *identidad política*, y bien se sabe que no hay identidad que sepa ser inequívoca.

### **Anatomía del posneoliberalismo argentino.**

Digamos, para comenzar, que “posneoliberalismo” como definición de una época nos dice bastante poco; aunque sí nos ubica en una temporalidad propia de América Latina: alude al proceso que inician los gobiernos progresistas de la región que, años más años menos, comienza en el 99 con la llegada de Chávez a la presidencia en Venezuela. Podría considerarse también que, en su exceso de prefijos, el concepto es lo suficientemente difuso como para no ser indicativo de nada. A la vez, quizá esa misma imprecisión que viene con el término sea la que deja entrever que abordamos un proceso en curso, abierto, donde los proyectos no han adquirido una anatomía más definida. Es lo inespecífico del posneoliberalismo lo que permite pensarlo como terreno en el que se dirime el formato de los nuevos proyectos políticos vigentes en la región. Hace falta aclarar que ese *pos* no es para nosotros indicativo de que, en el sentido evolutivo lato de las visiones lineales, estamos en un momento “posterior” y “más allá” del neoliberalismo, que hemos “progresado” hacia otra cosa; ¿qué significaría eso? Gruner por ejemplo, acepta el hacer uso del término sólo a condición de otorgarle la misma connotación que el “pos” del *posmodernismo* dice él, como “indicativo de una nueva fase dentro de la misma lógica” (Gruner, 2013: 22). Puede ser efectivamente así; pero preferimos no amarrarnos directamente a tal idea, evitando que ello nos conduzca a una conclusión apresurada. Pues creemos que, en algunos rasgos de la politicidad del nuevo siglo, algo de la lógica neoliberal está necesariamente trastocado. Para examinar el caso argentino, nos inscribimos dentro de los parámetros de los análisis que hacen de las rupturas y las continuidades pos-crisis del neoliberalismo (2001) un modo de abordaje de la última década. Pero no para de ello “deducir dobles discursos”, sino para intentar ver, haciéndonos eco de esa propuesta sobre *la política* que propone Rinesi y que citamos al comienzo, que las *grietas* son parte de un *Orden* vigente, orden que es posible no *a pesar* de esas contradicciones (entre lo que continúa y “lo nuevo”), sino *por ellas y a través* de ellas.

De hecho, nadie puede decir que el kirchnerismo es mero continuismo luego del quiebre experimentado en el campo político en 2001. En gran medida porque, después de 2001, lo que deviniera debía enlazar-se con aquel acontecimiento y, en caso de no tenerla, inventar-se una herencia bien rica en productividad política. Esa lección fue entendida a la perfección por Néstor Kirchner, cuyo estilo político se lleva el protagonismo en los análisis que intentan explicar la naturaleza del proyecto que comenzó en 2003. Proyecto hijo del 2001 en tanto, para fundarse, hizo de la *conflictividad social reinante* la usina de políticas y de antagonismos con una productividad política de grandísima escala. Pero al mismo tiempo, y como sagazmente nos señalan Rinesi y Vommaro, es un proyecto *al mismo tiempo* hijo del 2002, si entendemos ese año como el intento duhaldista de *sacar al país de la anarquía y restablecer el orden en Argentina*<sup>2</sup> (Rinesi y Vommaro, 2007); *Argentina, un país en serio*, era el ilustrativo slogan de

---

<sup>2</sup> Intento que, no podemos dejar de mencionar, se cobró las vidas de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán en la represión que las fuerzas conjuntas llevaron adelante para impedir el corte del Puente Pueyrredón en la Jornada de lucha del 26 de junio aquel año. Una cadena de responsabilidades que hacia arriba termina en el mismo presidente de ese entonces, y abarca a parte de su gabinete y de la SIDE. Las muertes de Darío y Maxi tronaban ejemplificadoras del poder represivo estatal en su afán de ordenar el caos posterior al estallido del diciembre

campana. Esa ambivalencia de origen en la práctica política está en el ADN del conjuro kirchnerista<sup>3</sup>, el que sigue haciéndose rogar por ser analizado en su justa medida, y puede decirnos mucho acerca de la refundación del principio de legitimación que se llevó a cabo en estos años, así como de sus límites, iguales o más contundentes que su potencia. Es en el marco de esa ambivalencia que ubicamos el retorno del concepto *populismo* a los actuales debates políticos.

## Populismo, una revisita

El populismo es, se sabe, una categoría maldita del pensamiento social latinoamericano, eternamente presa de su postergado desentrañamiento. Ha vuelto al debate sociopolítico por tercera vez al menos, luego de protagonizar las diatribas intelectuales-militantes de los 60-70 y de las revisiones pos-derrota de los proyectos emancipatorios de aquellos años, en los 80. Tanto en esos contextos como en el actual, hay algo que persiste: los análisis siempre parecen sostenerse en la naturaleza anómala, díscola, negativa de su referencia: el “desvío populista”. Para el caso, no hay proyecto, movimiento político, gobierno en el poder que se haya autodenominado jamás “populista” (Mackinnon y Petrone, 1999). Por eso, la primera tarea es desligarnos de la connotación de populismo como mala palabra, e intentar remarcar su complejidad, no tanto como categoría, sino como *experiencia política*.

Como parte de una línea interpretativa del populismo que hace hincapié en la dimensión de las *identidades políticas* (Mackinnon y Petrone, 1999). Daniel James hace una serie de aportes para comprender este fenómeno tan específicamente latinoamericano. En su conocido *Resistencia e integración*, analizando la relación movimiento obrero/peronismo en nuestro país, destaca el carácter ambiguo del legado histórico que el primer peronismo deja al universo de la política argentina. Nos permitimos una cita extensa:

El peronismo aspiraba a lograr una alternativa hegemónica viable para el capitalismo argentino, quería promover un desarrollo económico basado en la integración social y política de la clase trabajadora. En este sentido, son acertadas las comparaciones del peronismo con el *New Deal* de Roosevelt y con el desarrollo del capitalismo bajo un Estado benefactor en Europa occidental después de 1945 (...) Sin embargo, *a la vez*, el peronismo se definió a sí mismo en un sentido importante, y también fue definido así por su electorado obrero, como un movimiento de oposición política y social, como una negación del poder, los símbolos y los valores de la elite dominante. En un sentido fundamental, siguió siendo una voz *potencialmente herética*, que daba expresión a las esperanzas de los oprimidos tanto dentro como fuera de la fábrica, como reclamación de dignidad social y de igualdad. (James, 2010: 57. El resaltado es nuestro).

---

anterior. La movilización popular hizo que el costo fuera más alto para Duhalde, que termina adelantando las elecciones. Aun se espera el cumplimiento de la promesa que Néstor Kirchner le hiciera a las familias de Maxi y Darío de llegar hasta las últimas consecuencias (“caiga quien caiga” habían sido sus palabras) en la investigación por las responsabilidades políticas en los asesinatos.

<sup>3</sup> Nos han hecho notar que la utilización de la palabra “conjuro” no es casual; significa *a la vez*, por un lado ahuyentar, extinguir y por otro lado invocar, llamar. Expresa esa tensión propia de la política de la que hablamos más arriba, y vaya si sirve para hablar del kirchnerismo. Le agradezco especialmente a Esteban Dominguez por tan interesante observación.

Dice nuestro autor ya en la introducción, y a modo de anticipo del análisis que va a desarrollar, que “hablar del peronismo como movimiento monolítico más bien oscurece que esclarece”. En cambio, su raíz herética nos señala una *ambivalencia*. Ambivalencia sin dudas peligrosa si, desde “el poder”, se pueden poner a andar fuerzas sociales vigorosas pero que, llegado el caso, no son las que prevalecen a la hora de definir el destino de un proyecto político<sup>4</sup>. Sería hacer futurología si vinculáramos esta observación a ciertas preocupaciones actuales sobre el destino del “proyecto” para 2015. No deja, sin embargo, de resultar inquietante e interesante.

Desde una matriz similar, y arriesgando algunas hipótesis sobre el actual retorno del populismo, Rinesi y Vommaro toman una definición de Aboy Carlés que encontramos muy precisa: “el populismo es una *forma de gestión de la tensión constitutiva de toda identidad política*” (Rinesi y Vommaro, 2007: 461). Con ello volvemos sobre esa definición de *la política* que adoptamos del mismo Rinesi desde el comienzo (la tensión inherente a todo el conjunto de actividades a la que llamamos “política”), y agregamos ahora que el populismo como fenómeno latinoamericano es una particular expresión de ello que, por las múltiples formas en que se ha expresado, devino en una de las más controversiales. Probablemente esta circunscripción del debate del populismo al problema de la identidad y el discurso político, que hace hincapié en los sujetos políticos, lo hace más resistente a la idea de la *determinación económica en última instancia*, pero debemos decir que la tan mentada ambivalencia es igualmente hallable en expresiones políticas que suelen recibir otros nombres: el desarrollismo, por ejemplo. Digamos que podría tratarse de toda experiencia política –como ya lo sugiere la definición de Carlés de hecho- que no alcanza nunca cierto grado de homogeneidad en sus prácticas y pragmáticas.<sup>5</sup>

Volviendo a lo que postulan los investigadores de General Sarmiento, el populismo es, a la manera del Centauro, *al mismo tiempo* un cuerpo hecho de dos naturalezas distintas:

(...) el populismo presenta, en efecto, la rara condición de ser, *simultáneamente*, dos cosas. Por un lado, el credo teórico-político de un sujeto colectivo, el “pueblo”, que se define de modo conflictivo, antagónico, por referencia y por *oposición* a otro: a un enemigo –el anti-pueblo, la oligarquía, los vende-patrias, los cipayos, los gorilas- al que no se deja de señalar (...) con mucha fuerza. Por otro lado, un pensamiento que, bajo esa misma categoría de “pueblo”, puede ser y a menudo es, también, acusado de disimular o invisibilizar divisiones o conflictos que otro tipo de pensamiento pondría en cambio en primer lugar, prefiriendo una mirada más “organicista”, ordenadora y calma sobre la naturaleza del cuerpo social. El populismo, en efecto, contiene en su seno esa doble dimensión: es conflicto y orden, señalamiento de un límite, de una frontera, y vocación hegemónica “más acá” de esa frontera.” (Rinesi y Vommaro, 2007: 460).

La forma herética entre el conflicto y el orden que se expresa en el populismo habita, entonces, *dentro y al mismo tiempo* en el sujeto colectivo, en el sujeto popular propio de la

---

<sup>4</sup> Así explica James el ocaso del primer peronismo en el interregno 1950-1960. VER *Resistencia e intergación: El peronismo y la clase trabajadora argentina*. 2da edición, Bs As, siglo XXI, 2010.

<sup>5</sup> Respecto del grado de homogeneidad en las experiencias políticas, podríamos decir que, a primera vista, el neoliberalismo se presenta como una receta que se repitió de forma idéntica en algunos países latinoamericanos, encontrando el elemento homogeneizante en los preceptos del Consenso de Washington. Si se hace una historia de la particularidad de cada país, sin embargo, el proyecto muestra sus ambigüedades por doquier.

identidad política populista. Ese impulso hacia el *orden*, que los autores entienden como inherente al populismo pero que aún les da trabajo admitir (un “pensamiento que *puede ser acusado*” dicen), vendría a ser expresión solapada de la reducción del conflicto que opera en el populismo; cuánto sobrevive el conflicto y su capacidad de desgarrar, su radicalidad, diríamos, cuál “mitad” es la que prevalece, es una gran pregunta.

Pero, antes de meternos de lleno en ella, queremos debatir ahora con Nicolás Casullo y sus ensayos sobre algunas *Cuestiones* propias de este comienzo de siglo, entre las que ocupa un lugar fundamental, claro, el *populismo*. Nos extenderemos en una de sus hipótesis en tanto nos conduce al asunto de los *retornos* sobre el que llamamos la atención desde el comienzo, y sobre el que queremos ocuparnos. Es el problema de la *temporalidad*: la vuelta, la herencia, pero también el horizonte.

El populismo “es algo pesado que vaga”, dice nuestro autor, una molestia, una incomodidad, recordándonos esa visión peyorativa que ya mencionamos, y por eso intentará revisar las impugnaciones que (por derecha) dan cuenta de qué se trata este nuevo retorno del concepto, para desnudar lo que oculta, justamente, su uso peyorativo (Casullo, 2013). Una lectura pos-moderna sobre el tiempo y sus secretas vinculaciones entre pasado-presente-futuro vienen a su ayuda: hoy, igual que ayer, el enjuiciamiento al populismo vuelve a responder a una “encrucijada ideológica” particular en tanto, a falta de la provisión de una idea de *futuro* con alguna certeza (lo propio de estos tiempos de batallas culturales perdidas, según su análisis), la carga semántica del *pasado* ocupa un lugar privilegiado. Casullo dice “herencias y balances predominan en la fundamentación de las gestiones y retóricas”, porque la posibilidad de existir en el *futuro* algo que sea efectivamente *nuevo* se ve casi reducida a la nada (Casullo, 2013:137). La referencia *presente* al populismo se circunscribe a la repetición de un *pasado* (que para la derecha, claro, evoca los mismos embrujos de líderes-dictadores, masas sumisas y sobre todo, mercados en tensa y sostenida amenaza), lo cual daría cuenta de la imposibilidad de imaginar *otra cosa todavía nueva* que puede ocurrir en el continente. La presencia fantasmática del populismo desde las columnas de opinión operaría entonces como la *sustracción de lo que América Latina estaría dispuesta a inventar sobre un terreno a todas luces fértil*. Lo que en otros momentos operó como el “desvío populista”, y todo lo que ello se guardaba de ininteligible para las ciencias sociales acartonadas en la Academia, o para los observadores no-latinoamericanos desprovistos de una *sensibilidad* política tan nuestra, o para los políticos vetustos y defensores del reino de los mercados, hoy retorna como anulación de la posibilidad de un futuro para América Latina que, se llame populismo o no, suponga una ecuación diferente y superadora de las democracias representativas realmente existentes a comienzos del nuevo siglo; nuevas experiencias políticas sustentadas sobre la movilización de masas, con un Estado interviniente, y portadoras de un relato nacional popular sobre el que subyace un antagonismo irreductible.

En la tarea de desnudar esa intención, Casullo reivindica el *populismo* (puede ser la palabra *populismo* u otra cosa, dice), en el sentido de experiencia política y social diferente a la hegemónica, a la de los grandes centros de poder. No es casual que sean éstos los que pongan el grito en el cielo, nos advierte nuestro autor, frente a un fenómeno que funda su fuente de legitimación en la revalorización del campo mismo de *la política*, de la participación activa, de la representación directa, de un Estado parte de la contienda que se desata en el terreno social, y que se erige no sólo, aunque también, como compensador de los resultados de la misma.

A esta altura debemos decir que la ambigüedad que James, Rinesi y Vommaro señalan correctamente para el populismo nos puede dejar atascados en un círculo que gira entre las tendencias instituyente/instituido, orden/conflicto de la política, y así podríamos llegar al infinito

en una trampa tan conservadora en sus propósitos por defecto de su mecánica: nunca interpela a la política en su *radicalidad*; la respuesta última siempre termina siendo “lo no-desentrañable”. Qué hay de la posibilidad de una conflictividad sostenida e irreductible a un orden se convierte en una pregunta poco probable en este esquema. Nos deja sin capacidad de invención. Pero lo que nos propone Casullo, quizá, sí nos inscribe en los horizontes posibles de la democracia popular del siglo XXI en Argentina como un *regreso del futuro*. Su razonamiento tiene la ventaja de ponernos en el lugar de los desafíos; hasta aquí estamos de acuerdo. Pero, y esta será la ruta que nos conduce en sentido distinto de nuestro autor, también nos hace pensar sobre *qué núcleo de política* y en base a *qué sujeto colectivo* el orden instituido (“kirchnerismo”) construye el proyecto que lo lleva más allá o más acá de aquel horizonte, y como ha cristalizado ello hoy, 15 años después de que toda la estantería del neoliberalismo se viniera para abajo.

Es que, incluso en su riqueza, el mentado *regreso del futuro* aparece recortado dentro de unos límites tan fuertes, que sería inmensamente conformista de nuestra parte quedarnos ahí: se hace pues perentorio preguntarnos, sumergidos en el mundo de las pragmáticas políticas, hasta donde llega la revalorización de la política en términos de creación y consolidación del *sujeto popular* del relato populista, en el marco de las *estrategias de desarrollo, de redistribución de la riqueza y de administración del conflicto social* por las que el *modelo* ha optado finalmente. Y preguntarle entonces a la *anomalía* kirchnerista cuántas excepciones, cuántas herejías podría tolerar.

### **Desarrollo y nueva Conflictividad social, el desafío.**

Si hay algo que empalma perfecto –por oposición– con la visión denostada del populismo, es la buena fama que goza el *desarrollismo*. La palabra desarrollo se ha ganado en el discurso de las ciencias sociales una hegemonía casi irrefutable, una certeza en el imaginario social directamente ligada a la posibilidad de progreso de las sociedades (Escobar, 1999). Si las líneas editoriales de los grandes medios de la derecha, como dice Casullo, vaticinan aquí y allá el peligro populista, en cambio auguran el mejor de los futuros a las naciones dispuestas a encarar el difícil camino del progreso y el desarrollo. Como dispositivo de poder, el discurso desarrollista no deja de producir lo mismo consensos que tecnologías de conocimiento, vueltas punto de referencia y límites contundentes al debate social. Los “índices del desarrollo”, la racionalidad de época, se han vuelto tan difíciles de interpelar que cualquiera que ose denunciar los efectos nocivos de los desarrollismos realmente existentes sólo quiere condenar a esas naciones a la miseria.

De la mano de ese poder discursivo, y con efectos prácticos contundentes, el desarrollismo en su versión de revisita en Argentina pareciera ser la fórmula que, debidamente combinada con altas dosis de retórica nacional popular, mejor fundamenta y da sustento a un nuevo principio de legitimación del proyecto político que encarna el kirchnerismo. En los *Apuntes sobre la conflictividad social* del Instituto de Investigación y Experimentación política se lee:

“La existencia sostenida de una renta extraordinaria y las disputa por su captura y distribución, es el cuerpo que soporta la nueva imagen (tan retórica como real) de la intervención estatal, núcleo duro del proceso de legitimidad política del presente. El flujo dinerario como nervio racional de la épica populista.” (IIEP: 2013, 6).

La dinámica del neodesarrollismo realmente existente en el marco de la “década ganada” (una serie de derechos sociales conquistados, una economía en crecimiento, una ciudadanía por

consumo, el tan mentado “retorno” del Estado) marca los rasgos de la nueva conflictividad social generada al calor de esas nuevas condiciones: es la precarización y flexibilización laboral que afecta a gran parte de la clase trabajadora argentina con amparo de los marcos legales más ranciamente neoliberales. Es el problema del narcotráfico, que enlaza, por un lado, la reinsertión del dinero sucio de la droga hacia los circuitos de la economía legal y viceversa (lo que se expresa, por ejemplo, en el boom inmobiliario que genera segregación y especulación en las grandes ciudades), así como la alarmante situación de una amplísima franja de la juventud argentina, la más golpeada y violentada por una década de abundancia que al final no derrama todo lo que tiene hacia los barrios populares y la periferia de las ciudades. Es la violencia opuesta a todo discurso sustentable con la que crece la frontera productiva sobre poblaciones ancestrales o las topadoras como respuesta a las asambleas contra la minería a cielo abierto. Es la creciente y alarmante violencia hacia las mujeres y niñas víctimas de las redes de trata que se extienden a lo largo y a lo ancho del país, tráfico también conectado a la ruta de la soja, para el caso. Y desde estos flagelos y sus efectos es que es posible pensar la politicidad que cargan las nuevas (y viejas) formas de organización intervinientes en esta vieja (y nueva) conflictividad social.

Toda esa enumeración no cumple ningún objetivo si sólo está acá para hablar de las carencias del discurso populista. Para señalar que la tan mentada *apertura política* en la construcción del sujeto populista en realidad tiende más bien a clausurar que a fomentar la aparición de esos nuevos sujetos. Una dinámica de apertura que sólo abre las puertas que quiere, digamos, si entendemos que, como buen fomentador del conflicto, el kirchnerismo no es tan zonzoso como para dejarlo librado al azar y se ocupa de definir qué conflicto, y cómo se lo nombra, habiendo validado previamente los resultados que de él se esperan. Si esa estrategia fue lo suficientemente radical en 2003 y explica, por ejemplo, medidas tan sustanciales como la reapertura de los procesos de enjuiciamiento a los responsables de delitos de lesa humanidad cometidos durante la última dictadura militar, hoy, en un escenario de seguro más complejo para el gobierno, *ya no lo es*; ya no alcanza para crear antagonismos que generan consensos. El kirchnerismo queda más lejos de respuestas radicales y más cerca de los simplismos: “hacerle el juego a la derecha”, como mecanismo de “infantilización de los sujetos en pugna” como lo dice la revista *Crisis*<sup>6</sup>. Pero es que, tozudamente, seguiremos diciendo que la crítica a los procesos que promueven cambios debiera ser para torcer su rumbo hacia opciones efectivamente radicales. Valga señalarlo hoy más que nunca, a la vista de los escenarios que se configuran para 2015, en el medio de la batalla contra los fondos buitres y a las puertas de una posible nueva devaluación.

Pero no, ya habíamos dicho que una elucidación más o menos certera del kirchnerismo es, y sigue siendo, una tarea imposible. Más bien esa enumeración nos sirve a nosotros, no para hablar de la carencia sino desde la afirmación de un compromiso en actualizar proyectos de emancipación lo suficientemente radicales como para recoger esa “agenda” de luchas actuales y saber articularlas para la construcción del sujeto colectivo, el sujeto popular capaz de interpelar

---

<sup>6</sup> En esa interesante editorial, previa al escenario de las elecciones de 2011 donde el triunfo en primera vuelta de Cristina Fernández de Kirchner era una certeza, se señala que “cuando un modelo rechaza todo cuestionamiento de sus supuestos básicos, pierde capacidad de dimensionar los costos que genera y bloquea la innovación popular. Las tensiones sociales tienden entonces a despolitizarse y degeneran en una dinámica endógena de celos y traiciones”. Revista *Crisis* N° 5 *Los modales del modelo*. Manifiesto “El consenso de los commodities”. Junio-Julio 2011, ps. 4-5.

la radicalidad en el *horizonte de futuro* que regresó hace unos años a América Latina. Si nada de eso quedara en limpio de todo lo anterior, diríamos que estas líneas habrán sido en vano.

## Bibliografía

Casullo, Nicolás 2013 (2007); *Las cuestiones*. Capítulo 2: Populismo. (Buenos Aires: FCE).

Escobar Arturo 1999; *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. (Bogotá: CEREC)

Versión disponible online: <http://antroporecursos.files.wordpress.com/2009/03/escobar-a-1999-el-final-del-salvaje.pdf>

Gruner Eduardo 2013; “Progresistas somos todos, ¿no?” en *Ideas de Izquierda*. Buenos Aires, N° 2, Año 1.

IIEP. 2013. “La caja de pandora. Ciencia, tecnología, innovación productiva”.

Versión on-line: <http://www.la-periferica.com.ar/descargar.php?libro=NOIBNTL0006.pdf>

James Daniel 2010 (1988); *Resistencia e integración: El peronismo y la clase trabajadora argentina*. (Buenos Aires: Siglo XXI)

Mackinnon María Moira y Petrone Mario (comps) 1999 (1999); *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la cenicienta*. Introducción: Los complejos de la cenicienta. (Buenos Aires: Eudeba).

Comité Editorial 2011, “El consenso de los commodities” en *Crisis*, N° 5, Año 2.

Rinesi Eduardo 2005; *Política y tragedia. Hamlet entre Hobbes y Maquiavelo*. Introducción. (Buenos Aires, Colihue).

Rinesi Eduardo y Vommaro Gabriel 2007; “Notas sobre la democracia, la representación y algunos problemas conexos” en Rinesi Eduardo, Nardacchione Gabriel y Vommaro Gabriel (comps); *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. (Buenos Aires, Prometeo).

Svampa, Maristella 2013; “Consenso de los Commodities y lenguaje de valoración en América Latina” en *Nueva Sociedad* N° 244,

Versión on-line: [http://www.nuso.org/upload/articulos/3926\\_1.pdf](http://www.nuso.org/upload/articulos/3926_1.pdf)

- “Populismo de clases medias y revolución pasiva” en *Ideas de Izquierda* n° 2, 2013.

Versión on-line: <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=6209>